

Necesitamos una Unión dentro de la Unión

En un mundo tan peligroso, donde nuestra seguridad y supervivencia están en juego, es inaceptable aceptar que una sola capital de la UE frene a todos

“Estamos en dificultades. Eso es una buena señal. Si no lo estuviéramos, nunca cambiaríamos nada. Y construir Europa significa cambiar cosas” (Jean Monnet)

La Unión Europea ha proporcionado más de 70 años de paz y prosperidad. Sin embargo, no fue diseñada para un mundo dominado por imperios continentales. Por eso debe surgir un núcleo más fuerte de la Unión. Europa es un continente envejecido, rezagado respecto a Estados Unidos y China en crecimiento y productividad, aquejado de una baja inversión y con dificultades para sostener su modelo social. Al mismo tiempo, afronta un profundo cambio geopolítico: Rusia amenaza su seguridad desde el Este, mientras que su aliado tradicional, Estados Unidos, se está convirtiendo, en el mejor de los casos, en un socio poco fiable y, en el peor, en una potencia hostil.

Con apenas el 5% de la población mundial y una participación (hasta ahora) decreciente en la economía global, solo una Europa más unida —económica y políticamente, capaz de garantizar su propia seguridad y defensa— podrá hacer frente de manera eficaz a las tres potencias continentales que buscan dividir el mundo en esferas de influencia en medio del colapso del orden multilateral. Sin embargo, incluso tras la agresión contra Ucrania y las amenazas de Trump sobre Groenlandia, los líderes europeos no han impulsado ninguna iniciativa audaz para reforzar la Unión.

El problema no es la falta de planes, sino la falta de consenso entre los Veintisiete. Enrico Letta y Mario Draghi han propuesto un importante paquete de políticas para relanzar el crecimiento y la competitividad: completar el mercado único y movilizar inversión pública y privada en sectores clave. Esto debería ser evidente: eliminar las barreras nacionales en los servicios financieros, las telecomunicaciones, los mercados digitales y la energía supondría un gran impulso para la economía de la UE. Lo mismo ocurre con la armonización del derecho concursal y societario.

También debemos completar la Unión de Mercados de Capitales y la Unión Bancaria para retener el ahorro europeo e invertirlo dentro de Europa. Un programa económico de este tipo no solo relanzaría la prosperidad y mejoraría el nivel de vida, sino que también proporcionaría la base tecnológica y financiera necesaria para proyectar poder globalmente en defensa de nuestros valores e intereses.

Sin embargo, esto no es suficiente. Europa debe construir su propio sistema de defensa, dada la falta de fiabilidad de Estados Unidos —y, por tanto, de la OTAN—, y debe ser capaz de tomar decisiones por mayoría en política exterior. El Tratado de Lisboa ya ofrece vías para ambos objetivos, incluida la posibilidad de reforma. Sin embargo, no hay avances.

Los acontecimientos recientes ilustran la urgencia. La guerra en Irán, el bloqueo del estrecho de Ormuz y los bombardeos en Líbano han demostrado cómo incluso la emisión de una declaración conjunta puede quedar paralizada por el veto de un solo Estado miembro. Anteriormente, el último veto de Viktor Orbán, que bloqueó un préstamo de 90.000 millones de euros financiado mediante eurobonos para Ucrania y el vigésimo paquete de sanciones contra Rusia, puso en riesgo la seguridad de todo el continente, pese a que Hungría representa solo el 1% del PIB de la UE y el 2% de su población.

Además, el Consejo aún no ha logrado acordar un regulador único para los servicios digitales, de telecomunicaciones y financieros —esencial para un verdadero mercado interior—, ni un Sistema Europeo de Garantía de Depósitos, por no hablar de la armonización fiscal. Poderosos intereses nacionales siguen defendiendo las barreras transfronterizas y han capturado de facto a varios gobiernos, que forman minorías de bloqueo. Mientras tanto, el Consejo aplica a menudo la unanimidad incluso allí donde no resulta legalmente necesaria.

¿Existe una salida? Para algunas reformas del mercado único, el Consejo puede actuar por mayoría cualificada. Sin embargo, las grandes iniciativas en materia fiscal, deuda, política exterior y defensa probablemente seguirán bloqueadas por vetos nacionales. Por tanto, salvo que estemos dispuestos a aceptar el statu quo —y poner en riesgo el futuro de Europa como actor independiente—, ha llegado el momento de crear una vanguardia federal de Estados miembros dispuestos a avanzar. Así es como creamos Schengen y la moneda única.

Esta vanguardia completaría el mercado interior; compartiría soberanía sobre el euro, la fiscalidad y las inversiones a gran escala en tecnología, política climática, independencia energética basada en renovables y productos de defensa. Establecería un Consejo Seguridad Europeo y un sistema de defensa con capacidades civiles y su propia cadena de mando, y adoptaría la toma de decisiones por mayoría en todos los ámbitos, incluida la política exterior, la defensa, la fiscalidad y las cuestiones financieras. Esta Unión dentro de la Unión podría establecerse mediante una combinación de cooperaciones reforzadas con una composición homogénea, apoyadas por un tratado instrumental que regule la toma de decisiones y garantice la rendición democrática de cuentas.

En un mundo tan peligroso, donde nuestra seguridad y supervivencia están claramente en juego, no podemos aceptar que una sola capital pueda frenar a todos. Estamos convencidos de que si Alemania, Francia, los países del Benelux, Polonia y España lideran la propuesta de esta Unión 2.0 —abierta a todos—, actuará como un poderoso imán hacia otros Estados miembros que hasta ahora se han mostrado reacios a apoyar las reformas necesarias.

Por ello, hacemos un llamamiento a la ciudadanía para que se movilice y a los líderes europeos para que actúen con el espíritu innovador de la Declaración del 9 de mayo de 1950.

Josep Borrell es presidente del CIDOB y exalto representante de la Unión para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad. Guy Verhofstadt es presidente del Movimiento Europeo Internacional y ex primer ministro de Bélgica. Domènec Ruiz Devesa es presidente de la Unión de Federalistas Europeos (UEF) y exeurodiputado.

Firman también este artículo Moritz Hergl, presidente de los Jóvenes Federalistas Europeos; Rosen Plevneliev, expresidente de Bulgaria; Petre Roman, ex primer ministro de Rumania; Danuta Hübner, excomisaria europea; Willy Claes, ex secretario general de la OTAN; Andrea Wechsler, eurodiputada y miembro del Grupo Spinelli; Monica Frassoni, ex copresidenta del Partido Verde Europeo; Thijs Reuten, eurodiputado y miembro del Grupo Spinelli; Jo Leinen, exeurodiputado; Sandro Gozi, ex secretario de Estado para Europa, eurodiputado y miembro del Grupo Spinelli; Pierre Larrourou, exeurodiputado; Richard Corbett, exeurodiputado; Christelle Savall, expresidenta de los Jóvenes Federalistas Europeos; Giulia Rossolillo, profesora de Derecho de la Unión Europea; Francisco Aldecoa, profesor de Relaciones Internacionales, España. Lieven Taillie, vicepresidente de la Association Jean Monnet, Bélgica. Michele Fiorillo, filósofo, Civico Europa, Italia. Eric Pestel, asesor de la presidencia de la Association Jean Monnet.